

**El Instituto Historia de la Lengua de Cilengua, los
primeros cinco años: entrevista a
José Antonio Pascual Rodríguez**

José Ramón Carriazo Ruiz

Universidad Nacional de Educación a Distancia

José Antonio Pascual Rodríguez se doctoró, en fecha ya tan lejana como el 1971, en la Universidad de Salamanca, donde logró, no sin alguna dificultad, ser catedrático y hasta se atrevió a implicarse en la política universitaria durante algunos años como vicerrector del Estudio. Me consta que no ha perdido su amor a su universidad ni ha dejado de sentirse un miembro vivo de ella; posiblemente porque tuvo la prudencia de buscar a tiempo otros acomodos, antes de que los muros del estudio salmantino pudieran venírsele abajo. Su escapada al Instituto Cervantes de París, primero, y su huida a la Universidad Carlos III de Madrid, donde se jubila este mismo año, dejando –creo– una cierta tristeza entre quienes fueron sus colaboradores y son ahora sus amigos, fueron medidas higiénicas que recomienda tomar a quienes sienten temor a no salir de claustro materno universitario que los vio nacer a la vida académica.

JOSÉ RAMÓN CARRIAZO: *Pero dejémonos de presentaciones y vayamos a lo que importa, que es tratar de saber qué piensa José Antonio Pascual de algunos hechos relacionados con este instituto riojano de investigación que es el Cilengua y hasta con la revista para la que le entrevistamos. Decía Juan Carlos Onetti «un pasado creíble solo puede ponerlo por escrito un novelista, un mentiroso que hizo profesión de la mentira»; con todo, sin ser novelista, me atrevo a pensar que, al menos, voy a lograr dar con la verosimilitud en sus palabras, si no con la verdad pura y*

dura, empezando por la razón por la que se creó dentro del Cilengua el Instituto de Historia de la Lengua (IHL).

JOSÉ ANTONIO PASCUAL: Soy fundamentalmente un filólogo, pero un filólogo convencido de que una manera de llegar a una mejor comprensión de los textos es poder descifrar el tejido léxico que los conforma. Al ingresar en la Real Academia Española tuve la oportunidad de ponerme a trabajar en la dirección de su diccionario histórico, ese *imposible no vencido* –dándole la vuelta al título que Larramendi dio a su diccionario– que tiene pendiente desde hace casi un siglo la corporación, que es, sin la menor duda, una de sus obras más importantes. El proyecto cuya puesta en marcha, en firme, es ya una realidad, está afectado por graves problemas económicos para su continuación. Precisamente, para conjurar algunos de los riesgos previsibles y para diversificar los posibles apoyos para esta obra, pensé que lo prudente era descentralizar sus trabajos. El primer paso en esta descentralización fue la creación del *Instituto de Historia de la Lengua* riojano, que conoces bien, pues has pertenecido a él, junto con Marta Gómez, hasta hace muy poco. El Gobierno de La Rioja en cuyo Estatuto de Autonomía se habla de la atención que ha de conceder a nuestra lengua, decidió crear, como una forma de cumplir estos fines, nuestro instituto dentro del Cilengua, dependiente de la Fundación San Millán de la Cogolla.

Durante este período hemos logrado construir en la Academia Española la planta del diccionario y convertirla después en una aplicación informática para la redacción de la obra. Una aplicación potente y cómoda, que permite acciones que no son corrientes en los diccionarios, como relacionar todos los hechos de interés que rodean a las palabras (semánticos, sintácticos, fonéticos, etc.); pero, a la vez, es el soporte imprescindible para un trabajo cómodo de redacción, que en este momento se puede realizar desde cualquier lugar del mundo, contando con la posibilidad de volcar en esa herramienta de una manera casi automática los ejemplos de uso en que se ha de basar el diccionario. Ejemplos que, tomados de los corpus académicos (el CORDE, el CREA o el propio corpus, más reducido, hecho ex profeso para el diccionario histórico, que entre nosotros se conoce como el CDH), se vuelcan ahora con facilidad en la herramienta de redacción.

Sabes bien las grandes dificultades que hemos tenido para llegar a esta situación. Para ello hubo que lematizar los corpus, aunque se hiciera de una manera semiautomática. Con todo, nos ha llevado la

tarea algunos años. Y todavía, para llegar a una lematización más fina, con un mayor grado de desambiguación, se requiere un considerable trabajo manual que iremos haciendo a medida que utilicemos los corpus para la redacción del diccionario. Aunque piensa que las cosas se pueden llevar a cabo cada vez con más comodidad: de unos doscientos millones de «ocurrencias» en el caso del CORDE quedaron unas ochocientas mil formas sin analizar, que representan un porcentaje pequeño, en torno al dos por ciento; pero con una aplicación sencilla, con solo ochenta horas de trabajo, hemos analizado –lo que ha permitido su lematización– más de veinticinco mil de estas formas. Para ello hemos contado naturalmente con una aplicación que hicieron nuestros informáticos. En su momento acciones como esta nos parecieron un verdadero reto y ahora vemos que son tareas que resultan hacederas solo con que a uno le dejen trabajar.

J.R.C.: *¿Hacer un diccionario puede considerarse un reto? ¿O el reto es esto que acabas de decir, que se lo dejen a uno hacer?*

J.A.P.: Es un reto en ambos sentidos. Sobre todo si se trata de un diccionario de nueva planta, por más que luego sus posibilidades lo conviertan en un instrumento mucho más preciso, real y completo que un diccionario tradicional hecho a partir de otro anterior. De todas formas hemos contado con unas posibilidades técnicas impensables hace unos años y con una planta diseñada para un diccionario computacional.

Sí había riesgo, claro, pero empezamos moviéndonos con los pies bien asentados en tierra. Lo más duro era explicar a quienes nos preguntaban por el diccionario que de la noche a la mañana no podía salir la herramienta de redacción y, mucho menos, un grupo de palabras definidas... Y he de decir que esta actitud de desconfianza la padecí más por parte de las personas más cercanas que de otras ajenas. Por decirlo claramente, encontré más interés en lo que estábamos haciendo en la dirección del Oxford, del *Tesoro della Lingua Italiana delle Origini*, del *Diccionari descriptiu de la llengua catalana* o del *Nuevo diccionario etimológico románico* de Nancy que de algunos colegas de universidades cercanas, que se atrevían a dar fe en congresos o reuniones científicas de que el diccionario estaba inerte. Realmente estaba, como decimos en Salamanca, *de quieto*, pero bien metido en el horno de la informática.

Para que veas la dificultad de los comienzos, piensa que un evaluador de la obra podía espetar: «no me interesa el proyecto. Lo que quiero es ver resultados, esto es, lemas redactados», feliz de que otro de los evaluadores le aplaudiera diciendo: «eso, eso, lemas redactados». Esta forma de ver las cosas se debe a la idea de que la investigación en humanidades puede desarrollarse sin una planificación —*es el momento de la entrevista en que percibo un cierto nerviosismo en José Antonio, que le hace hablar despacio, como para matizar sus palabras*—, que lleva a la gente a aconsejarte: «ponte con lo que tienes, luego lo corregirás». Claro que de ese modo uno puede echar a correr y cumplir así el expediente de poner airoosamente en marcha una empresa como esta del diccionario histórico, pero es la causa de que al poco tiempo se tarde diez veces más en hacer el trabajo de lo que se tardaría si se comenzara la carrera tras una buena preparación para afrontarla.

No voy a hablarte de lo que he aprendido en estos años, a pesar de que había llegado a ellos creyendo que sabía todo de las mil formas que existen de poner palos a las ruedas de un carro, para concretarte que en esos tiempos, preparados los corpus para poderlos luego utilizar con cierta comodidad —de una manera que dista mucho de ser la deseable, ¡pero es lo que han permitido el tiempo y los medios!—, se redactó la Planta del diccionario, que ha sido el plano que ha permitido levantar el edificio la herramienta informática de redacción. Hubo que preparar después un manual de redacción, extrayendo las decisiones de la redacción provisional —antes de que tuviéramos la herramienta de redacción— en el que se adoptan una serie de decisiones sobre la manera de redactar los distintos grupos de palabras y sobre muchas otras posibilidades que van surgiendo en el trabajo de un diccionario histórico, para que luego los diferentes filólogos que participen en la obra puedan compartir las mismas pautas en su actuación. Donde te hablo de filólogos entiéndeme que me refiero a lexicógrafos con buena formación filológica o a filólogos bien pertrechados en las técnicas lexicográficas.

Con todo, te diré que pocas personas han podido sentirse más apoyados por sus colaboradores de lo que me he visto yo. Dicho de una manera rápida y contundente: sin Mar Campos, sin Pilar Salas, medidas de cabeza en el proyecto, como lo han estado también Rafael García, Carlos Domínguez, Jacinto González Cobas, Blanca González Zapatero, yo no hubiera podido con él: me hubiera quedado en el limbo del diseño, incapaz de convertirlo en realidad. Y te cito los

nombres de las personas en que más me he apoyado, pero créeme que llegan al medio centenar los que de un modo u otro han hecho posible que hoy la redacción de esta obra haya dejado de ser un reto.

J.R.C.: *En Cilengua hemos estado un tanto al margen de todo este trabajo preparatorio.*

J.A.P.: Claro, no había otra posibilidad. Fíjate que ha habido muchos altibajos, incluso entre quienes estábamos compartiendo ideas y tácticas para desarrollarlas en la Fundación Rafael Lapesa, que es el organismo creado por la Academia para la construcción del diccionario histórico. Vosotros estabais lejos y he de reconocer que, siendo solo dos, habéis sabido ocuparos de una serie de tareas paralelas, que servirán ¡y mucho! —*responde, con el énfasis que he marcado entre signos de admiración, al gesto que lee en mi cara*— en el momento en que la obra del diccionario pueda llevar una vida normal o más normal aún de la que lleva ahora, en que, dejando aparte los informáticos, somos cuatro, entre directores y lexicógrafos, los que trabajamos en él. Habéis conseguido eso que los políticos tienen siempre en la boca, las sinergias, coordinando grupos de investigación orientados a editar los textos y documentos particulares para el estudio del vocabulario científico y técnico, así como del léxico de la vida cotidiana de las épocas moderna y contemporánea; a la vez que os habéis dedicado a sistematizar los procesos necesarios para insertar estos datos en el futuro diccionario. Sin tratar de ser los protagonistas, habéis agrupado a bastantes personas que trabajan en esto de allegar datos para el estudio léxico, que en el pasado eran de difícil acceso. No olvides que cuando empezaste tu tesis —que por cierto no hiciste conmigo— la lexicografía se seguía apoyando aún preferentemente en los textos literarios. Yendo más allá, la parte de la Planta del diccionario relacionada con la marcación diatópica, diastrática, etc., tiene bastante que ver con vosotros.

Cuando me planteasteis Marta y tú la posibilidad de crear una revista en nuestro instituto, me di cuenta de que mi idea inicial de contar con un órgano del diccionario, que acogiera trabajos útiles en torno a la lexicografía, morfología, terminología, vocabulario latino y distintos aspectos de la lingüística diacrónica, lo podíamos conseguir —lo habéis conseguido Marta y tú— con la publicación de los *Cuadernos del Instituto Historia de la Lengua*, que está bien considerada en cuanto a la calidad de lo que ha aparecido en ellos y que sé bien el

trabajo que ha exigido. La revista ha tenido un complemento importante en los libros que se han publicado: diez títulos en cinco años – el undécimo está a punto de aparecer–, también de una gran calidad, que dan fe de la importancia de lo realizado.

J.R.C.: Hemos iniciado el balance de lo que ha supuesto el proyecto del Instituto Historia de la Lengua en Cilengua. Volviendo a Onetti, me sirvo de las palabras de un personaje que pretendía, como pretendo yo ahora, quitar los nudos de las confesiones porque así quizá terminemos sabiendo eso que se llama verdad. Lo digo porque José Antonio Pascual, que a veces es persona de trato difícil, lo normal, no obstante, es que se comporte de una manera excesivamente diplomática en la presentación del lado oscuro de las cosas. Le insisto, por ello, en si realmente se siente satisfecho con la colaboración entre el IHL y la Fundación Rafael Lapesa, en lo referente al trabajo del diccionario histórico y si lo logrado responde a las perspectivas que se abrían cuando comenzó aquella aventura. Y ahora es JAP quien recurre a Onetti, al arrancar su respuesta, diciéndome:

*J.A.P.: Lo hice, como un viejo librero de la misma novela que veo que hemos leído ambos –quizá porque acaba de regalárnosla Alfaguara– con una de esas esperanzas sin ambición que conforman la vida de un escéptico. Pues fue una nueva forma de encontrar un lugar de colaboración, de tantos como había buscado desde aquel año 1980 en que le pregunté a don Rafael Lapesa en Sevilla –había terminado yo de corregir las pruebas de la mayor parte del *Diccionario crítico etimológico hispánico* en que había trabajado con Joan Coromines– si no era posible que aquellas personas dedicadas en distintas universidades al estudio de la historia de las palabras se repartieran las distintas letras del alfabeto y colaboraran en la construcción del diccionario histórico sirviéndose de fotocopias de las cédulas del fichero académico. Mucho después me di cuenta de por qué don Rafael se negó en redondo: se trataba de algo irrealizable dada la baja calidad de ese fichero, que exigía una carrera contrarreloj, antes de comenzar a redactar una letra, allegando todas las autoridades posibles, a las existentes. No se disponía de los datos necesarios para afrontar de manera paralela y con un mismo método las tareas del diccionario.*

*Continuó todo con una idea bien fundada para la redacción de diccionarios, hacia el año 1992, el primitivo *Centro de Investigaciones**

Lingüísticas de la Universidad de Salamanca del que salió solo el *Diccionario Salamanca* de la Editorial Santillana, uno de los mejores diccionarios actuales, que incomprensiblemente ha dejado de lado la editorial. El proyecto no era muy distinto al inglés del COBUILD, pero los cambios políticos que se sucedieron en la dorada ciudad del Tormes supusieron la ruptura de un acuerdo que hubiera permitido contar con una serie de lexicógrafos en plantilla. Para empezar, hubo que abandonar la idea de construir un corpus para realizar un tipo de diccionario etimológico-histórico y varios diccionarios más. Al encargarme finalmente de la dirección del diccionario histórico de la Academia, creí que este centro de investigación lingüística que surgía apoyado económicamente por las autoridades políticas de La Rioja podía servir para descentralizar las tareas de este diccionario académico.

J.R.C.: *Han pasado de esa fecha ya cinco años, en los cuales no se ha dejado de trabajar, ni en Madrid ni en San Millán ni en otros centros de investigación. De los objetivos antes señalados, ¿cuáles se han logrado y qué nuevos retos han surgido?*

J.A.P.: Se ha logrado algo muy importante: convencer a los demás y convencernos nosotros mismos de que un gran proyecto de investigación en humanidades podría funcionar mejor distribuyendo el trabajo en distintos lugares, donde las personas –cada una con una determinada especialización– pudieran colaborar en él dedicando al trabajo una parte de su tiempo; es algo así como la fábrica que ensambla los distintos productos que se construyen en diferentes lugares. Ello ha supuesto poner en común resultados de investigación por parte de grupos diseminados por distintos centros de investigación. Precisamente con este objetivo pusisteis en marcha Marta y tú esta revista que ahora acoge nuestra entrevista, a la que ya me he referido.

Decía Rojas Villadrando en su *Viage entretenido –me pide que busque la cita exacta, pues no la recuerda de memoria–* que «las alcahuetas son como el abecedario de los mercaderes, que tienen libro donde escriben las partidas y su abecedario para buscarlas, pues sin él no las hallarían con tanta facilidad. Y así son las damas sin ellas, que las andaré un hombre buscando toda la ciudad, y no las halla, y para esto es menester acudir a la alcahueta, que es el abecedario, para que vea dónde vive Fulana, en qué calle y a cuántas casas». En

ese sentido hemos tratado de contar, como las alcahuetas de Rojas —y perdónese me la comparación—, con una información nada desdeñable de lo que se cuece en los distintos lugares. No nos hemos conformado con allegar esa información sino que de distintas formas hemos iniciado algunos viajes en común con investigadores que trabajan en la distancia pero con objetivos y métodos en gran parte compartidos... Y esto se ha logrado en un instituto que nació en un pequeño rincón, amparado en los ecos de la aventura intelectual emilianense llevada a cabo en la Alta Edad Media, pero afectado por algunas graves carencias bibliográficas —por lo que hubo de empezar por la adquisición de libros—, pero por el aislamiento también. Contra este hemos luchado entrando en relación con distintas universidades de ámbito internacional y nacional, entre ellas especialmente la de La Rioja, así como otras instituciones y asociaciones. Son relaciones que resultan patentes al comprobar la organización de seminarios, cursos, encuentros y congresos referidos a distintos asuntos que habéis realizado desde el IHL. Así, un modesto centro, que empezó poco a poco, consciente del camino que quedaba por recorrer, lo ha ido recorriendo con la obsesión de la calidad del trabajo realizado, ha logrado tener una política de publicaciones a la que me he referido antes; y ha sido el marco para la realización de algunos congresos orientados a distintas formas de afrontar el estudio histórico del léxico, como —*me pide que le ayude a dar con ellos*— la segunda edición de los encuentros de la Red Temática *Lengua y ciencia* y el Congreso Internacional sobre *Léxico y documentación histórica*. Las aportaciones a ambos, de una alta calidad, a mi juicio, se dirigen a aspectos importantes del léxico científico y técnico o de la documentación notarial, que no han sido centrales en una filología demasiado ocupada en el estudio los textos literarios.

Incidentalmente, si nuestro interés se orientaba al estudio del léxico histórico, el hecho es que se nos ha pedido realizar en nuestro Instituto encuentros dirigidos a la divulgación y formación de nuevos investigadores en aspectos como la paleografía, la lexicografía para bibliotecarios, la preservación digital del patrimonio documental, la digitalización de archivos... Lo que me ha sorprendido de estos encuentros ha sido la gran demanda de público interesado.

J.R.C.: *Le interrumpo a José Antonio para preguntarle si no será que vivimos algo así como una edad dorada de la historia de la lengua y si*

cree que ha contribuido a ello el neohistoricismo, la new philology, el neocomparatismo... ¿Se ha superado la dicotomía diacrónicos vs. sincrónicos en el estudio de la lengua? Me corta él, a su vez, para responderme:

J.A.P.: No me atrevo, la verdad, a ir tan lejos; pero, no voy a ocultar que no todo es negro en el horizonte de nuestra disciplina y que algo de lo que tú me preguntas requeriría una respuesta afirmativa.

J.R.C.: *Con ello le hago perder pie en sus explicaciones y me pierdo yo mismo. Le pregunto algo que, visto todo lo anterior, ahora, al revisar la entrevista, me parece redundante: si, con sus altos y bajos, se podría decir que el resultado de estos primeros siete números de nuestra revista y las reuniones científicas que ha acogido nuestro instituto pueden considerarse satisfactorios.*

J.A.P.: Creo que sí. Es más, no nos ha faltado la sensibilidad de entender que no debíamos perder el horizonte del lugar en el que estamos ubicados, La Rioja, cuyas peculiaridades lingüísticas no nos han resultado ajenas. Por eso los investigadores del IHL habéis llevado a cabo, en colaboración con la Universidad de La Rioja, un proyecto de investigación sobre el léxico sobre la vida cotidiana de la documentación riojana cuyos resultados se van publicando poco a poco, explicando de ese modo el peso específico que puede tener el estudio de corpus documentales centrados en pequeños territorios como el riojano para el estudio de una lengua tan extendida territorialmente y con tantos millones de hablantes como la española.

J.R.C.: *Ello no supone que hayamos restringido nuestras tareas a la documentación riojana.*

J.A.P.: Claro está, lo particular se inscribe en una visión general de las cosas. De ahí que gran parte de vuestras tareas hayan estado orientadas al trabajo con nuestros corpus académicos, bien conectados con el IHL, en los que se mantiene una mayor cantidad –ostensiblemente mayor– de datos americanos. *Le interrumpo para preguntarle si esto proporcionará una imagen distinta de la historia del léxico americano. A lo que se apresura a responderme que esto se va logrando ya en lo que hemos redactado del diccionario histórico, donde se demuestra lo que sabíamos por otros caminos: sin la atención al léxi-*

co de los países americanos, la imagen de nuestra lengua estaría tan deformada como si nos hubiera dado por prescindir del léxico peculiar de España, o quizá más.

J.R.C.: *No me veo en la necesidad de tranquilizar a José Antonio Pascual diciéndole que nos vamos acercando al final, pues noto que está a gusto hablando de estas cosas de las que, a veces, suele decir que cuando quiere referirse a ellas nota que a la gente –más interesada en quejarse por lo mal que hablan los demás que en saber para qué sirve un diccionario histórico– le traen al paio. En este paso le hago dos preguntas sobre las que le pido que no se explaye ¿Cuál ha sido la tarea del lexicógrafo y cuál la de los informáticos? ¿Resurgirá de esta combinación el interés por lo filológico o periclitará definitivamente?*

J.A.P.: Con respecto a lo primero creo que hemos logrado lo que parece un imposible en este tipo de proyectos: una colaboración entre filólogos e informáticos. Realmente se ha sabido sumar. Y para no explayarme más en esto, acaba de aparecer en el último número de la *Revista de Lexicografía* un artículo de Pilar Salas (filóloga) y Abelardo Torres (informático) en que se explica detalladamente todo el camino que ha conducido a la construcción de una herramienta informática de redacción que hace solo un par de años me hubiera parecido un sueño.

Ya me has preguntado antes de otra forma si contribuirá todo esto al interés por lo filológico. No me atreví entonces ni me atrevo ahora a responderte, pero quisiera creer que muchas personas que piensan que la filología es innecesaria, porque la *verdad* de las cosas de la lengua está en *los adentros* de cada uno, en la propia construcción que se hacen del mundo, puede ser que hayan actuado así porque no encontraban el modo de entender esa lógica del léxico que se halla en su historia. Hoy, con los materiales del diccionario histórico que acabamos de poner en la red, las personas capaces de mirar fuera de sí pueden llegar a comprender muchas de las razones de sus propios usos.

J.R.C.: *Diciéndole ya que llegamos al final, le pregunto por cómo ve el futuro.*

J.A.P.: En el sentido técnico, completamente esperanzador, pues ha llegado el momento en que los artilugios informáticos construidos en

la Fundación Rafael Lapesa permiten desarrollar el trabajo desde nuestro instituto riojano en las mismas condiciones en que se lleva a cabo en este departamento de investigación de la Academia. Pero enfocando la pregunta a las posibilidades reales, no digo de potenciar nuestro instituto sino simplemente de mantenerlo, tengo serias dudas. En breve se reunirá el Patronato de Cilengua. Y no sé si vamos a poder contar con ese mínimo de dos investigadores, ahora que tú te has marchado a la UNED. Querría dejar la puerta abierta a la esperanza deseando conjurar las siguientes palabras del libro de Onetti, *Cuando ya no importe*, que nos ha estado acompañando durante la entrevista *—me pide en este caso que busque de nuevo la cita y que la escriba textualmente—*. Son palabras que se refieren a un mundo actual que excede con mucho a los argumentos que sobre el modo de vivir podamos aportar nosotros, excede incluso a los deseos de los políticos: «Bien sé que siempre se está rodeado de campo, siembras y cosechas, sobre todo viñas, y habrá miles de personas alegrándose con el agua bendita que puede salvar lo que plantaron con fatiga, recogerán con fatiga para esperar el fatigoso chalaneo con los compradores que se habrán descolgado desde las ciudades para estafar y mentir promesas. Claro que los enviados no son más que eso. Atrás están los empresarios, las multinacionales invisibles y seguras de que el chalaneo les resulta ventajoso». Puestos a conjurar la realidad por medio de la palabra, quisiera huir también de cualquier forma de nostalgia, en la manera en que nos lo muestra otro fragmento de esta obra: «...las nostalgias que estaba compartiendo conmigo nunca habían sido lo que yo, forastero, llamaba realidad».

Sé de todas formas que podemos perder mucho, y no solo quienes trabajamos en un diccionario histórico. Joseph Brodsky, explicaba en 1987, que la literatura del pasado y del presente podía tomarse como un diccionario particular atento a la vida de las personas de hoy, en un texto que te traduzco de una manera excesivamente libre *—se levanta y trae una ficha en la mano con la referencia—*: «De alguna manera, entre todos estamos construyendo un gran diccionario. La propia literatura es un diccionario, un compendio de significados para este o para aquel grupo humano, para las variadas experiencias que los afectan. Es un diccionario del idioma en el que la propia vida habla a las personas, con la intención de salvar a la siguiente *—recién llegada—* de caer en una vieja trampa, o ayudarle a darse cuenta, si no lo logramos evitar, de que lo que se le ha venido encima no es algo que no haya ocurrido otras veces. De este modo quedará menos

impresionada y en cierta medida será más libre, porque resulta liberador conocer el significado del léxico de la vida, de lo que a uno le está ocurriendo». Paralelamente un diccionario como el nuestro, en que con tanto entusiasmo y competencia habéis participado los investigadores del IHL de Cilengua, supone el camino inverso, imprescindible para que las personas que lo consulten accedan a la comprensión de la literatura del pasado, depositada en él.

Madrid, 3 de mayo de 2012

